

tos para que acudieramos à oírlo? Escuchar la palabra de Dios y conservarla en la memoria no es practicarla; no sería esto acaso como si le mandaran à uno medicinas y no las quisiera tomar, à

practica de estas virtudes y de tantas otras es imposible sin paciencia, r azon tuvo el Señor para decir que producimos frutos de virtud en la paciencia. Por eso Prudencio decía, elegante y justamente, que faltas de paciencia, las virtudes se hallan como vindas. De aquí lo que dijo el Apostol asegurando la gloria de la inmortalidad à los que la buscan por medio de obras buenas de paciencia. Rom. II, 7. No se podio expresar mas claramente los vinculos estrechos que unen esta virtud con las otras. La soliden del trono de Salomon, los dos leones que à derecha e izquierda de las gradas del mismo estaban, son viva imagen y representacion de la constancia y energía que se requieren para subir à la cima de la perfeccion. Por medio de estas virtudes, como por otros tantos peldaños, es por donde el verdadero Salomon sube à sentarse en el trono de nuestra alma. La constancia y la fuerza son las dos guardas que custodian la entrada y permiten marchar, una vez dentro, con toda seguridad. En cuanto à vosotros, los que suspirais por la immortalidad gloriosa conservad en vuestra memoria la sentencia que Dios pronunció contra el primer hombre: *Comeras el pan con el sudor de tu frente*, Gen. III, 19, y sabed que el pan del alma es tan penoso de conseguir como el pan de cuerpo. (Granada Serm. Doming de Sexag. 1 ser.) Asi como el labrador no se hace la ilusion de recoger su cosecha inmediatamente despues de la siembra y espera pacientemente que llegue el tiempo de la recoleccion; asi tambien el Señor siembra de tal modo su gracia en nosotros que no exige den su fruto inmediatamente despues que las hemos recibido; sino que espera pacientemente al pecador à la penitencia, le espera hasta la perfeccion dá à unos y otros, cual à místicas plantas el tiempo de llegar paulatimamente à madurez; escucha la humilde palabra del penitente: Tened paciencia y os devolveré lo que os debo *patientiam habe in me et omnia reddam tibi*. Esperó en tiempo de Noé ciento veinte años à que se convirtieran los hombres: *sicut in diebus Noë expectabat Dei patientia*. Esperó à que Abraam llegase à la perfeccion para escogerle por padre del pueblo fiel: *Ambula coram me esto perfectus*; no ha comparado el reino de los cielos al sol, ni al fuego, ni al rapido torrente. En efecto el soberano creador quisó que el sol comenzase à esparcir su luz desde el instante mismo en que fué creado, que el fuego abrasase en cuanto fuese producido, que los rios siguiesen su corriente hacia el mar, una vez salidos de su poderosa mano y recibido de El esa direccion, pero ha dispuesto de tal modo los productos de la naturaleza y de la gracia que no ha querido que se

hacerse servir manjares sin querer siquiera probarlos, ó indicar el camino mas recto para ir en su lugar cualquiera y no seguirlo? La palabra de Dios, en efecto, no nos es transmitida sin con objeto de

haga la recoleccion el mismo dia que se siembra: *Numquid terra parturiet in die una?* Dice el profeta; de tal modo que bajó la figura de la parabola de este dia nos enseña Jesus y nos consuela con el santo pensamiento deque con tal que semejantes à un terreno bien preparado, recibamos con amor la palabra de vida, del mismo modo que si fuera una semilla divina, esperará à que germine y llegue à debida madurez, por decirlo asi: Escuchemosle en su Evangelio: sucede con el reino del cielo, dice este soberano Señor, como un labrador que arroja à la tierra su semilla, la cual prende y se desarrolla insensiblemente. Sin que el labrador sepa esplicarse deque manera esto sucede; pues la tierra produce por si misma y naturalmente primero la yerba, despues la espiga y por ultimo el grano ya formado; *ultra enim fructificat, primum herbam, deinde spicam, deinde plenum frumentum in spica*; y cuando el fruto esta maduro, el segador toma su hoz y recoge la cosecha: *Et cum produxerit fructum, statim mittit falcem, quoniam adest messis*. — Aprendan pues los ministros evangelicos que trabajan en la salvacion de las almas, dice san Juan Crisostomo, à no impacientarse contra los neofitos que comienzan à caminar en las vias del Señor, si en un principio no se conducen con la perfeccion debida y si no producen sino muy paulatimamente el deseado fruto, y si desde el primer dia no arrancan todás las espigas que crescen en el terreno de su alma, sino quitan las piedras todas de su campo; sino le desembarazan do todo fuego de la concupiscencia. Sepan de una rez que la semilla à la tierra confiada no crece sino à fuerza de paciencia: *Et fructum afferunt in patientia*, que no pueden dar fruto sino en su debido tiempo, *in tempore suo*, y que segun el Apostol Santiago, el labrador paciente espera que el rocío que cae mañana y tarde haga germinar la simiente: *Ecce agricola expectat pretiosum fructum terræ ferens donec accipiat temporaneum et serotinum*. — Repetiré una vez mas, no se desanimen los predicadores, sino contemplan abundantes frutos al principio de su predicacion: *Non ergo nos timor spinarum, aut durissima via perterreat*, dice san Agustin, *dum tamen seminantes verbum Dei, ad terram bonam tandem aliquando pervenire possimus*. Consideren que el Padre de familia no cesa de sembrar con profusion por si mismo sus gracias en nosotros aun cuando prevé nuestra lentitud y esterilidad, *quamvis non ignoret futurum exitum, copiosissime tamen omnibus pietatis doctrinam proponit*, dice san Juan Crisostomo; y del mismo modo que los discipulos no disminuyeron en lo mas minimo su trabajo y su celo

que la practiquemos y esto es, naturalmente el fruto que dicha palabra debe producir. Por eso el mismo Redentor dijo espresamente que debiamos *producir frutos*¹, y este efecto nosotros debemos procurarnoslo, con el auxilio de la gracia. Si Dios nos concede la felicidad eterna su obras es, al proprio tiempo que la consecuencia de nuestra falicidad en obedecer à sus preceptos y enseñanzas. Jesucristo,

recordando lo que le sucedio á su proprio Maestro: *Et non caderent animis cum id etiam in Domino atque Magistro pariter factum recordarentur, neque tamen ipse quamvis id ita futurum non ignoraret semina proficere neglexit.* Tenemos necesidad, por tanto, nosotros todos, los que sembramos como los que recibieron en si la semilla, de consolarnos y sostenernos ante el Señor, por medio de la esperanza, apesar de escasa fruto que hagamos aportado de su misericordia, imitando su longanimidad hacia nosotros y para con los demas, no indignandonos de nuestra esterilidad, pues que ese divino Salvador no se indigna tampoco á causa de nuestra negligencia, y cultiva el terreno de nuestra alma para que fructifique en el germen de la divina semilla. La tierra ingrata y esteril que ha convertido en fructifera por los asiduos cuidados y desvelos del labrador es para este mucho mas cara que las demas, dice san Gregorio: *Sic agricola illam amplius terram amat, quæ post spinas uberes fructus præfero, quam eam quæ nunquam spinas habuit, et nunquam fertilem messem produxit.* No nos desesperemos pues a causa del poco progreso que hagamos en la virtud: no cesemos de arrojar nuestras redes al mar, aun cuando nuestro trabajo haya sido inutil durante toda la noche, confiamos si en que cambiara nuestra suerte, cuando el Señor quiera darnos su benedicion. — Mas si debemos rechazar, respecto á este particular, nuestra impaciencia, no nos deguemos dominar, por otra parte por la negligencia y descuido, pues, para no separarnos mucho del texto de la parabola, si el grano de trigo no produce inmediatamente despues de ser sembrado, no deja sin embargo, de llegar un momento en el cual germina, crece, y se desarrolla hasta que llega su fruto á madurez y perfeccion; del mismo modo pararse en la vida del espiritu, no adelantar en el camino de la perfeccion detenerse y no tender inmediatamente á su perfeccionamiento es retroceder, es perecer: *Non progredi, regredi est, ubi steti, perii*; lo mismo que sucederia al grano de trigo que pereceria si cesara en su desarrollo. Sucede lo mismo en nosotros respecto á la vida de Jesucristo, trigo misterioso de nuestra alma. La Chetardie. *Homil. acerca del labrador que siembra.*

1. Luc. VIII, 15.

en efecto, se espresó respecto del particular en estos terminos: *No sera ciertamente el que haya dicho: Señor, Señor, el que entrara en el reino de los cielos, sino el que haya ejecutado la voluntad de mi Padre Celestial*¹. El apostol Santiago no hacia mas que predicar la doctrina de su divino Maestro cuando decia *aquel unicamente sera salvo que no se contente con escuchar la fé sino que la cumpla*².

Mas; el conformarse á la palabra de Dios durante cierto tiempo solamente es lo bastante? No, puesto que eso seria equivalente á un hombre que se propusiera curarse de una enfermedad y no quisiera continuar tomando las medicinas; que no comiere mas que una ó dos veces y luego lo dejare; que anduriera un pedazo de camino para llegar a un punto determinado, y se parase de pronto ó desanduviera la andado. Pues bien el objeto de la palabra de Dios no es otro que el de hacernos á todos buenos y justos, como lo es nuestro Padre celestial, puesto que si queremos entrar en el reino de los cielos es preciso que en el nos presentemos puros y virtuosos. Por eso dice espresamente el Apostol Santiago: *El que en la fé es constante, le salvará por sus actos*³. En cuyas palabras no era este apostol mas que el eco fiel de su divino Maestro, que habia dicho: *Solo aquel se salvará que perseverare basta el fin*? De este modo, practicar con constancia todo lo que la divina palabra exige de nosotros, he aqui en lo que consiste el fruto especial que en nosotros debe producir si con atencion lo escuchamos; No produce en nosotros semejante efecto? Pues culpa nuestra es. Porque si realmente desearamos y nos propusieramos que produgese en nosotros frutos de salvacion, no nos faltara el auxilio de lo alto para que asi sucederia. Y si hasta el presente no hemos alcanzado tan saludables frutos, debemos examinar en que consiste y remediar los defectos que de ello fueron causa.

Conclusion. Para semejarse al buen terreno, que es fecundo hasta el punto de producir ciento por uno⁵ de la semilla que en el se de-

1. Matth. VII. 21. — 2. Jac. I. 25. — 3. Jac. II, 10. — 4. Matth. X. 22.

5. Differentia fructuum quod dat terra bona unde proveniat. Matthæus non simpliciter dicit ut Lucas quod semen fructum centuplum fecit; sed ponit differentiam in fructificatione, dicens: aliud fecit fructum centesi-

posita, et necessario recibir la espiritual semilla de la palabra de Dios en un corazon bueno y sincero, es decir, en un corazon que la escucha con respecto y atencion, con obgeto de esclarecerse respec-

um, aliud sexagesimum, et aliud tricesimum. Ista vero triplex differentia fructuum potest considerari, primo quantum ad tres status fidelium, qui sunt incipientes, proficientes et perfecti. Incipientes sunt tanquam terra quæ profert, *fructum tricesimum*, quia sufficit ut habeant fidem Trinitatis, cum impletione Decalogi. Proficientes sunt tanquam terra quæ profert *fructum sexagesimum*, quia non tantum habent fidem Trinitatis et servant decem præcepta; sed etiam exhibent sex opera misericordiæ. Perfecti sunt tanquam terra optima, quæ profert *fructum centesimum*, quia habent duplicem perfectionem, servantes Veteris Legis præcepta et Evangelii consilia. Iste triplex gradus, scilicet: incipientium, proficientium et perfectorum tangitur infra in secunda parabola, ubi dicitur: *Ultro enim terra fructificat, primo herbam, deinde spicam et deinde plenum fructum in spica.* — Secundo potest considerari quantum ad tres status salvandorum, scilicet: virgines, viduas et conjugatos. Aliud ergo fecit *fructum centesimum*, scilicet in virginibus. Virgines enim nolunt multiplicari per opus carnale in aliis, sed per opus spirituale in seipsis, et ideo significantur per centenarium, qui fit ex ductu denarii in seipsum. Aliud autem fecit *sexagesimum*, scilicet in viduis et continentibus; sexagesimus enim constat ex denario ducto per senarium, in quo significatur Decalogus cum senario operum misericordiæ. Aliud vero facit *tricesimum*, scilicet in conjugatis, propter fidem Trinitatis, cum observantia Decalogi. Ubi tanguntur tres gradus castitatis. Primus est castitas conjugalis, per quem gradum vitatur illicitus concubitus, licito tamen concubitu, retento in matrimoniali actu. Secundus gradus est castitas vidualis, per quem vitatur de cetero omnis concubitus, ut animus possit de cetero liberius Deo servire, licet possit licite matrimonium contrahere. Tertius gradus est virginalis, quæ est superior istis, per quem omnis concubitus simpliciter vitatur, ut mens ipsa tanquam sponso suo soli Deo per amorem copuletur. Unde Theophilus: « Qui in centum fructificant, sunt qui perfectam habent vitam, ut virgines et eremitæ; qui autem in sexaginta, qui mediocriter se habent ut continentes, et qui in cœnobio sunt; qui autem in triginta, qui parvis quidem sunt secundum propriam virtutem fructum ferentes, ut laici et qui in conjugio sunt. » Unde et Augustinus: « *Centesimus fructus* est martyr, propter sanctitatem vitæ, vel contemptum mortis; *sexagenarius*, virginum, propter otium interius, qui non pugnat contra consuetudinem carnis; *tricesimus* vero, conjugatorum, quia hæc est ætas præ-

toal importante asunto de la propria salvacion, instruirse acerca de los propios defectos con el fin de corregirse de ellos, y conformarse cada vez mas Jesucristo, para gozarse Dios. Y una vez que de la suerte se ha recibido en un corazon bueno y sincero la palabra

lianam tiipsi enim acriorem habent conflictum, ne libidinibus superentur. » Hæc Augustinus. — Vel *tricesimum fructum* affert, qui detrimentum in exterioribus bonis constanter sustinet; *sexagesimum*, quando sustinet detrimentum etiam proprii corporis, per flagellationem et incarcerationem, et cetera hujusmodi; *centesimum*, quando contemnit etiam totam vitam per martyrium. Unde Chrysostomus: « Terra bona sunt qui abstinent se a malis, et secundum vires suas faciunt bona, et est iste *fructus* eorum *tricesimus*; si autem et omnia bona sua contemnant, et accedant ad serviendum Deo, habent *sexagesimum*; si autem et præceptum imperialis sententiæ de morte eorum processerit, habent *centesimum*. Aut, si bona eorum percussa fuerint et filii, habent *sexagesimum*; si autem infirmitas aliqua corporis eis contigerit et fideliter sustinuerint, habent *centesimum*. Nam Job ante tentationem *tricesimum* habuit in facultatibus suis juste vivendo; post damna substantiæ et filiorum, *sexagesimum*: post plagam autem corporis, *centesimum* fecit. Qui *centesimum* habet in se et *sexagesimum* habet, et *tricesimum*. E contra, qui *tricesimum* habet, *sexagesimum* non habet, non etiam *centesimum* habet. Semper enim majus quod minus est in se habet; illud autem quod minus est, majus in se non habet. » Hæc Chrysostomus. Item, ut dicit Remigius: « Semen verbi Dei *tricesimum fructum* facit, quando bonam cogitationem gignit; *sexagesimum*, quando bonam locutionem; *centesimum*, quando ad fructum boni operis perducit. » Hi ergo per terram bonam designati *in corde bono* quod intendit verbum Dei audire, et optimo quod intendit secundum hæc operari, *audientes verbum* Dei devote, *retinent* fideliter in memoria, *et fructum afferunt in patientia*, scilicet usque ad finem, expectando præmia. Quia, secundum Gregorium, dum æquanimiter proximorum mala tolerant, et humiliter flagella suscipiunt, postmodum ad requiem sublimer suscipiuntur (ЛУБОДНА. *Vita D. N. J.-C.* p. 1, c. 64, n. 3). — *Et ortum fecit centuplum...* Ostendi potest, quomodo ex iis, quæ agimus, et patimur, alia trigesimum, alia sexagesimum, alia centesimum fructum referant, nempe qui agunt quæ Deus vult, trigesimum; qui agunt etiam modo, quo Deus vult, sexagesimum; et qui agunt purissime, quia Deus vult, centesimum. Sic etiam qui patiuntur æquanimiter, ita ut non murmurent nec indignentur, trigesimum fructum afferunt; qui libenter, et alacriter patiuntur, sexagesimum; qui constanter usque ad fidem, centesimum (LOHNER, *Biblioth. Index conc. Dom. Sexag.*).

de Dios, es necesario retenerla con fidelidad y proponerse hacerla producir los frutos que le son propios, esto es, buenas acciones sin impacientarse ni cansarse por ello. He aquí en resumidas cuentas, lo que la consideración del buen terreno de que habla el Evangelio nos enseña acerca de las disposiciones con que debe ser escuchada la palabra de Dios y acerca de lo que es preciso efectuar después de haberla oído. Aportemos pues, hermanos míos, tan santas disposiciones al ir à escuchar la divina palabra, y al retirarnos después de haberla oído, llevemos en nuestro corazón tan preciada semilla y hagámosla producir los frutos de salvación de que es germen y origen. De este modo podremos presentarnos ante el divino sembrador al término de nuestra vida, con una cosecha abundante de méritos, por la que nos recompensara admitiéndonos en su reino celestial. Amen.

DOMINGO DE SEXAGESIMA

CUARTA DISCURSO

Las voces de Nuestro Señor

I. Porque y como Nuestro Señor dà voces. — Crimen y desdicha de aquellos que no las escuchan.

El Evangelio que acabais de oír leer encierra una parábola que de seguro no habreis escuchado sin que os haya impresionado de un modo muy especial.

Me refiero à la espression del Señor que *gritaba* al decir estas palabras: *Quien tenga oídos para oír que oiga*. El Salvador *gritaba*! ¿No es cosa digna de llamar nuestra atención? Representamos al Señor de ordinario hablando con gran calma y estremada sencillez; y he aquí que el Evangelista nos dice que hoy *gritaba*. No es la única vez en verdad que nos presentan à Jesús gritando. Pero no por ello dejan de ser una escepcion los gritos en su boca. Y si el hombre sabio no se desprende de su moderación sin causa ni motivo con mayor razón debemos estar persuadidos que fué necesario que concurrieron causas muy graves ó motivos muy poderosos para que se expresase de aquella manera. Tal es el asunto de que me propongo hablaros en esta mañana, explicandoos, en primer lugar, como y porque levanta el Señor su voz y dandoos à entender en segundo lugar el crimen y la desdicha de los que no la oyen.

I *Porque y como grita Nuestro Señor*. — Veremos en primer lugar porque grita el Señor.

Grita el Señor, en primer lugar, para llamar la atención à sus oyentes à cerca de lo que se dispone à decir! Los soberbios gritan

1. *Hæc dicens, clamavit: Qui habet aures audiendi, audiat. Audire pertinet ad intellectum; unde per hoc Dominus excitat ad audiendum*